

# EL MISTERIO NADAL

## A Lost and Rescued Book

**Purportedly Compiled and with Introduction in 2001 by  
Roberto Bolaño**

Edited by Isabel Quiroga and Jorge Mosconi

Translated by A.B.



## Nota introductoria

Por Alberto Allard (Santiago)

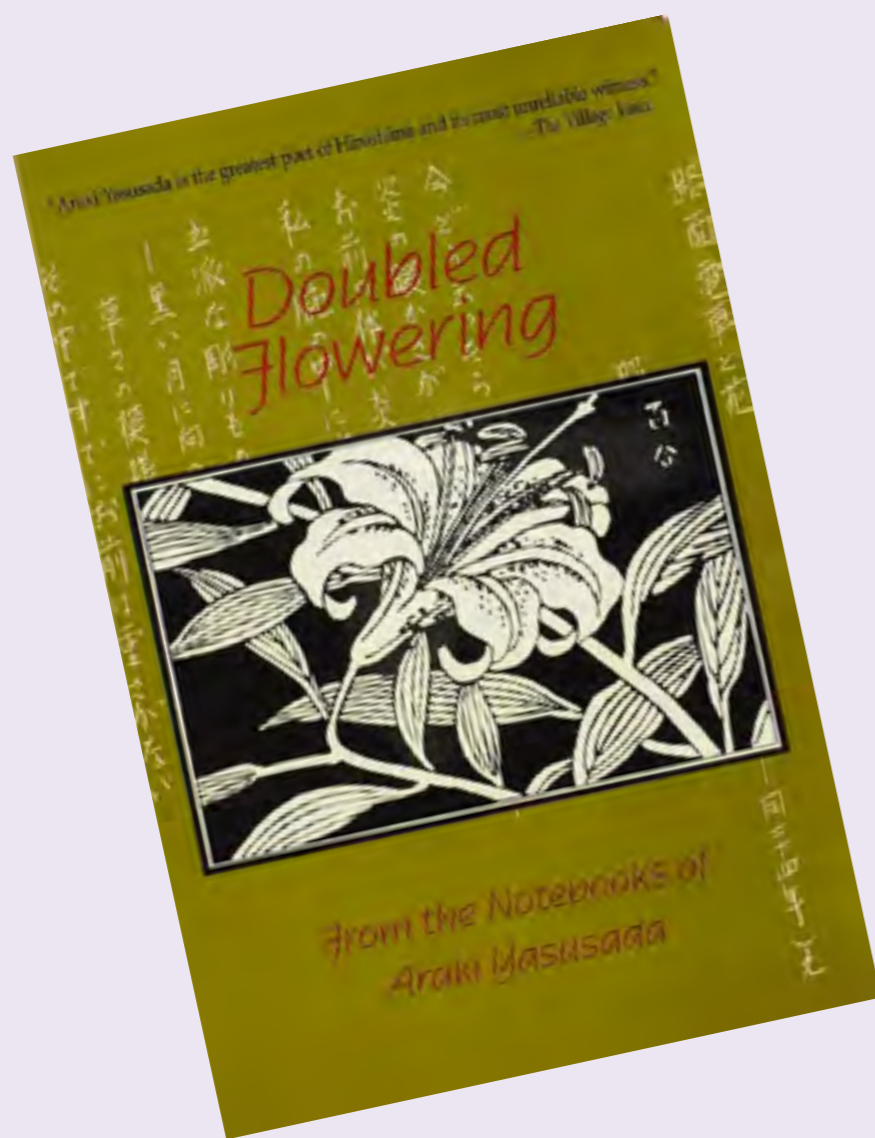
Mi primer contacto con la escritura de Kent Johnson fue en 2006, a propósito de la invitación de A. Ajens para traducir un par de poemas de *“Doubled Flowering: From the Notebooks of Araki Yasusada”*, publicado en *American Poetry Review* 25, al castellano. Los poemas de Yasusada eran asombrosos y habían producido gran revuelo en algunos medios especializados de habla inglesa, pero, además de los méritos de su texto, Yasusada mismo era un personaje “poéticamente” fascinante: había perdido a su esposa (Nomura) e hija (Akiko) en el bombardeo de Hiroshima de 1945, durante los años sesenta había formado parte de grupos de poesía de vanguardia; entre otras cosas, había sido lector japonés de Barthes y F. G. Lorca y su cercanía a la figura celaniana de la reflexión poética sobre el holocausto lo hacía totalmente magnético. Había muerto en 1972. Según sus traductores al inglés, Tosa Motokiyu, Okura Kyojin y Ojiu Norinaga, su obra había sido encontrada por su hijo (Yasunari) en 1980, éste había sobrevivido al bombardeo por encontrarse fuera de Hiroshima al momento del mismo.

La invitación era, en todo caso, cómplice de la misma escritura de Johnson: convenientemente Ajens calló, por unas semanas, que Araki Yasusada era el improbable heterónimo de Kent Johnson, un profesor de literatura de un Community College perdido allá en Illinois. Del mismo modo lo eran Motokiyu, Kyojin y Norinaga, los supuestos traductores que habían compuesto el texto que tenía ahora en mis manos.

Tiempo más tarde tuve oportunidad de intercambiar correos con Kent y de encargarme, junto a Loreto Navarrete y Roberto Delgado, de la traducción de “El misterio Nadal”, un libro formado por documentos de diverso tipo —cartas, testimonios, recortes de prensa, etc.— temáticamente organizados en torno a la figura de Vladimir Nadal —entre otras cosas, testigo lúcido y privilegiado de la literatura hispanoamericana del siglo xx— cuya identidad, propósito y paradero nos vemos obligados a descifrar junto a Roberto Bolaño que, bien podría ser otro heterónimo de Kent Johnson. Del mismo modo que los poemas de Yasusada, estos textos insisten en apuntar el modo en que la autoría es efecto de una cierta prostética relativa a la idea misma de lo literario, en donde el lector es llevado a avizorar una fuente que mana en un único sentido: desde el autor hacia el mundo exterior. Para esa

visión, lo literario depende de una instancia “interior”, “sustancial” o “en sí” que se llama “autor” y debe asumirse como literal, como lo no literario de lo literario, el lugar en donde la literatura tendría su “verdad”.

A diferencia de esa comprensión de las cosas en donde el campo literario solo “hace sentido” porque es inefectivo o irreal, porque es la simple suspensión fantasiosa de lo concreto, la escritura de Johnson supone, al contrario, una atención constante sobre la propia literatura, sobre la escritura y los mecanismos de construcción de la autoría, el origen y la autenticidad, es decir, de aquello que, literariamente, construye la realidad que, supuestamente, circunscribe al acto literario. Notablemente sus textos se presentan todos como el aparataje de una traducción inglesa ya dada en el “original” —los poemas de *Double Flowering* tomados del japonés, los textos de *El Misterio Nadal* desde el castellano, portugués y francés, sus *transcrições* del latín en sus lecturas paródicas de Horacio, etc.— y lejos de ofrecerse para una pura delectación estética, estéril y anecdótica, obligan al lector a incumbirse con el texto, con su proveniencia, su autoría, la bitácora de su tinta y a cruzar esos dos sentidos: el literario y el literal de modo que uno deviene el otro y ambos devienen uno, ahí donde no hay más que la infinita escritura de un personaje que lee el relato de detectives sobre el misterio formado por sus propios caracteres.



# El misterio Nadal

Presentación de la obra, por A.B.

Nunca conocí a Roberto Bolaño, Isabel Quiroga o Vladimir Nadal en persona. El escrito que sigue a continuación, que he traducido mayormente del castellano (una buena parte del texto habría sido, originalmente, extraída del francés y el portugués), ha llegado a mí de una manera bastante accidentada. Todavía hoy, mientras escribo estas líneas, me siento maravillado por todo esto.

El misterio del origen de este libro se encuentra todavía sin resolver. En la medida que me ha sido posible, por medio de entrevistas en México, he podido descartar dos de las seis o siete posibles participaciones autorales que, como si se tratara de un móvil colgante, exhibe esta excéntrica novela, las otras posibilidades sin duda siguen abiertas. Mucho menos que la eventual participación de Roberto Bolaño —ya sea como el compilador y editor original de los papeles relacionados con Vladimir Nadal, o como su secreto falsificador, ya sea en parte o en el todo.

Como traductor de este trabajo siento que mi responsabilidad consiste en transmitir el espectro completo de indeterminación autoral que parece haber sido la intención original de quién pueda haber sido el verdadero autor, de modo que no revelaré las dos autorías particulares que ciertos hechos me permiten descartar ahora. Este es un trabajo en donde el lector parece destinado a jugar al detective. Alguno de ustedes bien podría descartar a otros sospechosos o incluso descubrir la verdadera fuente de este libro. Espero que tengan mejor suerte que yo.

Permítanme ahora continuar con una presentación general de los extraños antecedentes del escrito que sostienen en sus manos para aportar mayor contexto a lo que el fiel lector encontrará y que pronto lo sumergirá en la confusión—quedan varios enigmas por descubrir.

\*

En el otoño de 2010, en una pequeña conferencia sobre traducción en Bilbao, España, conocí a Jorge Mosconi, un uruguayo estudioso de la literatura portuguesa que, en ese tiempo, se desempeñaba como Profesor Visitante en un pequeño *College* de California. Esa tarde se había reunido, en el bar del hotel, un grupo de alrededor de una docena de asistentes y él y yo fuimos los últimos en irnos; nos quedamos hasta las 2 o 3 AM en una intensa pero agradable plática sobre temas que iban desde los Tupamaros durante los setenta, Fernando Pessoa, los problemas y teorías de la traducción, los novelistas españoles Enrique Vila-Matas y Javier Marías, el gran poeta y crítico brasileño Mario de Andrade y otras cosas.1

Fue esa noche que, llevado por el tema de Vila-Matas, supe de “Isabel Quiroga”, el seudónimo (de acuerdo a Mosconi) de un traductor chileno de poesía rusa amigo suyo, a quién éste había conocido cuando ambos estaban exiliados en París a fines de los setenta. Más tarde se habrían encontrado un par de veces, a principios de los dos mil, en distintas